

## LA PERFECCIÓN DE LA TÉCNICA



FRIEDRICH GEORG JÜNGER

LA PERFECCIÓN  
DE LA TÉCNICA

Traducción de Antonio López

PÁGINA INDÓMITA

Título original: *Die Perfektion der Technik*

© Vittorio Klostermann GmbH,  
Fráncfort del Meno, 1944, 2010  
(pp. 9-197 de la octava edición, ampliada)  
© de la traducción, Antonio López  
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.  
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona  
[www.paginaindomita.com](http://www.paginaindomita.com)

Revisión de la traducción: Isabel Ballesteros y Miguel Martín  
Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو  
Impresión y encuadernación: Romanya Valls  
Primera edición: septiembre de 2016

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-944816-3-5  
Depósito legal: C-1222-2016

*Un lugar para todo, pero todo en su lugar.*  
Inscripción en un cobertizo de herramientas



## ÍNDICE

1. Las utopías técnicas – Lo que provee hoy de temas al pensamiento utópico ya no es el Estado, sino la técnica – La utopía como enlace de ciencia y fábula, 17
2. Lo sombrío de las predicciones utópicas – La técnica, al mecanizar los procedimientos de trabajo, no acrecienta el ocio, ni tiene en general relación con dicho ocio – Aumenta la cantidad de trabajo mecánico – La labor manual economizada por las máquinas no desaparece, sino que se desplaza dentro de la organización técnica – También crece la masa de la labor manual que se ha hecho dependiente de la mecánica, 22
3. El progreso técnico no crea riqueza – La técnica solo conoce coyunturas de explotación – Definición de la riqueza – La definición de Aristóteles – La racionalización de los procesos de trabajo no produce riqueza – La situación del trabajador dentro del progreso técnico se caracteriza por el pauperismo, 29

4. La organización técnica solo resuelve problemas técnicos – El concepto de organización – Sus límites, su finalidad – La organización técnica no aumenta la riqueza, sino que expande la pobreza, organiza las carencias – Técnica y economía deficitaria, 35
5. Contemplación de las máquinas – El hambre de la maquinaria – La técnica y la explotación exhaustiva – La racionalidad de los procesos técnicos solo es aparente, pues conduce a la explotación exhaustiva y a la destrucción de la sustancia de la que depende – El objeto de la explotación exhaustiva no es solo la Tierra, sino también el hombre – El principio de la explotación exhaustiva reside en la mentalidad del técnico y es por lo tanto idéntico en la economía libre y en la economía planificada – Una tecnocracia nada cambiaría en este sentido, 39
6. El incesante esfuerzo por mejorar el aparato técnico mediante el pensamiento racional pone de manifiesto el anhelo de perfección del proceso del trabajo – Surge un conflicto entre el pensamiento técnico y el económico, que concluye en la derrota del economista – La aspiración a la perfección técnica se identifica con una economía deficitaria, 48
7. Las características de una verdadera economía – Los misterios de Deméter – El hombre y la vaca, 52
8. La aspiración a la perfección por parte de la técnica se identifica con el creciente automatismo – Las características del automatismo – La creciente significación del problema del tiempo, 56



9. Descartes y el dualismo de la *res cogitans* y la *res extensa* – Geulincx – La multiplicación de lo mecánicamente determinable – La doctrina de Descartes como fundamentación del proceso de explotación técnica – La disputa entre tomistas y escotistas – Descartes y Bacon – La unión del empirismo y el racionalismo – La posición de Spinoza – Descartes y el capitalismo – La economía financiera y su dependencia de la dinámica, 60
10. El influjo de la mecánica de Galileo y Newton en el concepto de tiempo – Kant – La mecanización del concepto de tiempo y de los procedimientos para medirlo – Los relojes – La automatización del concepto de tiempo, 68
11. Las ciencias naturales y el tiempo mecanizado, 74
12. Todo tiempo mecanizado es *tempus mortuum*, tiempo muerto – La historia del reloj – El calvinismo y la industria relojera – Rousseau – El tiempo mensurable como tiempo para ser usado y consumido – El desmenuzamiento del tiempo y sus repercusiones sobre el trabajador – La técnica y el tiempo desmenuzado – *Tempus mortuum* y automatismo, 77
13. La rueda como principio movilizador y enlazador de la técnica – La técnica como sistema de rodaje, 82
14. La ficción laplaciana – Determinismo y probabilidad estadística – La aparición del problema del tiempo en las ciencias exactas – La noción de lo exacto, 86

15. La doctrina de la negación del libre albedrío  
 – *Indifferentia æquilibrii* – Leibniz y el asno de Buridán – La diferencia entre el *liberum arbitrium* y la necesidad mecánica – Marxismo y espinosismo, 91
  
16. Las consecuencias de la mecanización se manifiestan en la especialización y el despedazamiento del trabajo  
 – El camino del causalismo al funcionalismo  
 – La transformación del trabajador en un esclavo de la máquina – Las organizaciones obreras, 97
  
17. El surgimiento de la cuestión obrera – La creciente necesidad de protección del trabajador es consecuencia de su creciente dependencia de la maquinaria y la organización, 102
  
18. La índole violenta de la máquina – La máquina trabaja con pérdidas y obliga por ello a la organización del trabajo y del trabajador  
 – La diferencia entre institución y organización  
 – El principio de la explotación – La aparición del proletariado – El quebrantamiento del trabajador, 107
  
19. La era de la técnica comienza con el desarrollo de la dinámica – El trabajador y la maquinaria de la explotación – Necesidad de seguridad y exactitud causal, 113
  
20. Kant – La distinción entre *technica intentionalis* y *technica naturalis* – Teleología y mecánica  
 – Schelling, 118
  
21. Las disputa entre mecanicistas y vitalistas

- El pensamiento causal y el teleológico colaboran en la maquinaria – El concepto técnico de finalidad, 122
22. Los límites de la finalidad técnica – La mentalidad del técnico es una mentalidad de relojero, 126
23. La técnica desarrolla la organización mecánica – La maquinaria y la organización mantienen una relación recíproca – La cinta sin fin – La mentalidad estadística, 130
24. El concepto de exactitud científica – La máquina como invento imitador – El funcionalismo y sus consecuencias para el trabajo humano – La relación entre el funcionalismo y el automatismo – La fuerza consumidora del funcionalismo, 134
25. Distinción entre organización técnica y otras organizaciones – Técnica y derecho, 139
26. La relación entre la ciencia y la técnica – La biología como ciencia auxiliar del progreso técnico – Organización técnica y medicina, 144
27. La influencia de la organización técnica sobre los sistemas financieros y monetarios – La decadencia de los valores monetarios, 149
28. El efecto de la organización técnica sobre los conceptos de cultura y saber – La aniquilación de la *enkyklios paideia* – El saber enciclopédico – Hume, 152

29. Técnica y alimentación, 156
30. La reforma mecánica del Estado mediante la organización técnica, 159
31. La inteligencia en las ciencias – Las campañas predatorias de la inteligencia científica, 162
32. El concepto de verdad científica – Corrección y verdad – El movimiento muerto de la máquina y del hombre en el tiempo muerto, 169
33. La Tierra como esfera muerta – La fuerza consumidora de la técnica se manifiesta en la extracción organizada a escala planetaria  
– La vulcanización de la Tierra y la era de la revolución permanente – El accidente de trabajo  
– La deformación del hombre y de la cosa  
– Las zonas de peligro, 174
34. El concepto de la perfección de la técnica – La fuerza destructora del pensamiento funcional, 184
35. Correspondencia entre técnica y masificación  
– El concepto de masa y sus características – El hombre móvil y transportable – Las ideologías  
– El saber transportable, 188
36. La maquinaria y la ideología van de la mano  
– El actor – La publicidad y la propaganda, 195
37. Ideología y relevo – La fotografía, 201

38. Racionalidad e irracionalidad – El hombre en el tren del funcionalismo – La técnica como movilización, 204
39. Las fuentes de recursos del hombre – Las enseñanzas de la historia de Roma – La masificación de Roma, 209
40. La técnica y el deporte se condicionan mutuamente – El deporte es una reacción ante la progresiva mecanización, 213
41. La destrucción de lo festivo – El espectáculo cinematográfico y su mecanismo, 218
42. El poder narcótico del automatismo – El estrechamiento de la conciencia, 222
43. La técnica no concluye, como suponen los utopistas, en un idilio, sino en una explotación depredadora organizada a escala planetaria – El principio de la explotación se acrecienta hasta llegar a la movilización total y a la guerra total – El progreso técnico y la conducción de la guerra, 225
44. La seguridad y la necesidad de seguridad – La organización de la carencia, 233
45. Los sistemas filosóficos – Leibniz – Kant – La dialéctica hegeliana como correspondencia con el progreso mecánicamente organizado, 238
46. Los filósofos de la voluntad – Las teorías catastróficas – Los límites de la perfección técnica – La esterilidad de la mecánica – Prometeo – Hefesto

– La técnica como desencadenamiento de las fuerzas titánicas y ciclópeas – La relación entre progresión mecánica y regresión elemental, 245

#### ADENDA. LAS GUERRAS MUNDIALES

Las premisas de las guerras mundiales – El nuevo carácter laboral de la guerra – La ausencia de gloria y el padecimiento del trabajador – La guerra como tambor mecánico, como cinta sin fin – Primera y Segunda Guerra Mundial – El Estado como fábrica de armamento automatizada – Carácter laboral y desgaste completo – La guerra en la era colosal de la técnica, 259

Las utopías técnicas, como la literatura nos muestra, no son cosa rara; más bien son tan frecuentes y se leen con tanto placer que es lícito presumir una necesidad general de este tipo de lectura. Podría así plantearse la cuestión de por qué precisamente la técnica provee de tanto material al intelecto dedicado a la utopía. En épocas anteriores, ese intelecto tomaba como base el Estado, y el libro que dio nombre a todo el género, la obra de Tomás Moro *De optimo reipublicæ statu, deque nova insula Utopia*, es una novela de argumento estatal. En la mutación del tema se refleja un cambio en el interés de los lectores. No es lo acabado, lo concluido, lo abarcable, lo que despierta dicho interés; no se atiende al pasado ni al presente, sino a aquello que será posible en el futuro, a aquello que explota las posibilidades. La utopía exige un esquema que permita un desarrollo racional, y la técnica es el esquema más apto de esa índole que podría hallarse hoy. No existe ningún otro esquema que pueda competir con el de la técnica, pues hasta la utopía social pierde su brillo si no se apoya en el progreso técnico; no puede renunciar a él sin volverse inverosímil. La era del progreso técnico no está completa ni cerrada, está aquí y en pleno movimiento, acelerándose. Y

este movimiento no es idéntico al movimiento histórico, el cual es más amplio y comprende también el ámbito de lo no técnico; el primero está al servicio del segundo como una especie de forja y fragua.

El utopista no es ni profeta ni vidente; ni siquiera lo es cuando sucede lo que él predice, cuando sus pronósticos se verifican. Nadie busca dotes proféticas en Julio Verne o en Bellamy, pues para ser profetas les falta prácticamente todo; en primer lugar, el oficio, la vocación, y, por lo tanto, también el saber requerido y el lenguaje en el que este se comunica. En el mejor de los casos, los utopistas adivinan algo de lo venidero, juegan con lo imaginario, con el porvenir, que jamás podrá tener para ellos aquella certidumbre que tiene para el hombre que vive y piensa dentro de las categorías religiosas. Lo que los utopistas proyectan sobre el porvenir es tan solo la posibilidad que emerge del presente, y que ellos desarrollan mediante un procedimiento lógico, racional. Y sería injusto pedirles más. Si a las profecías y visiones les exigimos que sean infalibles, que se cumplan con certeza incondicional, a la utopía no le pedimos más que un cierto asomo de verosimilitud y probabilidad que satisfaga a nuestro intelecto, pues lo absolutamente inverosímil e improbable solo produce malestar y aburrimiento; no vale la pena ocuparse de ello. Por lo tanto, cuando lo fantástico pretenda despertar nuestra atención y nuestra participación, hará bien en buscar en nuestro entendimiento los medios para hacerlo. Tendrá que sobornarnos con su coherencia, con su consecuencia, con la frialdad intelectual de la argumentación. Quien busque convertir lo improbable en probable, ha de hacerlo con una exposición sobria y un estilo desnudo. Y estos son generalmente los medios de los que se vale el autor de una utopía para llamar nuestra atención, ya sea para conducir-



nos a la luna, al centro de la Tierra o a otro sitio. Se sirve de lo científico para ocultar lo fantástico de su fábula.

¿Qué es, entonces, lo específicamente utópico de la utopía? Se trata de la unión de lo incompatible, de la transgresión de una frontera, de las deducciones injustificadas que se extraen de premisas contradictorias. Aquí no se respeta la máxima *a posse ad esse non valet consequentia* (de la posibilidad de una cosa no cabe concluir su existencia). Pero, si contemplamos una utopía, pongamos por caso una novela técnica, hallaremos que lo utópico, al contrario de lo que podría suponerse, no radica en el esquema técnico desarrollado por el autor. Cuando este nos describe ciudades con calles rodantes, en las que cada casa es una máquina habitable perfecta, donde cada techo tiene su propio aeródromo, donde a las amas de casa se les suministran todos sus pedidos mediante un sistema tubular perfecto que desemboca en la cocina y la comida se prepara por sí misma o se ocupan de ello robots, cuando nos asegura que tales ciudades están construidas con una sustancia que en la oscuridad comienza a irradiar una suave luz y que las vestimentas sedosas que allí se llevan son de productos extraídos de los desperdicios o de leche agria, entonces no es todavía un auténtico utopista. Todo esto, llegue a realizarse o no, está dentro de las posibilidades de la organización técnica. Nos conformamos con la comprobación de que tales instalaciones son imaginables y desdeñamos por el momento la cuestión acerca de qué se ganaría con un estado de cosas semejante. La representación solo se convierte en utopía cuando el utopista abandona ese ámbito de posibilidades, cuando, pongamos por caso, intenta persuadirnos de que en tales ciudades viven seres humanos mejores, más perfectos, de que allí la envidia, el asesinato y el adulterio son desconocidos y no hay necesidad alguna

de leyes ni de policías. Es entonces cuando abandona el esquema técnico dentro del cual elabora sus fantasías, uniéndolo, de un modo utópico, a otra cosa, a algo no pertinente, que no encaja, que jamás podría inferirse de ese esquema. Por este motivo Bellamy es un utopista más grande que Julio Verne, pues este último se atiene de forma más estricta al esquema técnico. Y un utopista social como Fourier creía muy seriamente que, de adoptarse y realizarse sus teorías, la misma agua marina se convertiría en una dulce limonada, y que las ballenas, enganchadas a los barcos, tirarían alegremente de ellos. Por lo tanto, Fourier adjudicaba a sus pensamientos una fuerza que actuaba con mayor poderío que el canto de Orfeo, y lo seguía haciendo cuando su falansterio *La Reunión* ya se había derrumbado. A poco que hubiese reflexionado, tendría que haberse dado cuenta de que los animales marinos no pueden vivir en la limonada, de que esta, cuando es buena, está hecha de limones y no de sucedáneos. Tal escenificación es de un desafortunado dulzor. Un razonamiento tan delirante resulta ridículo, siempre que uno no se encuentre entre los que caen aniquilados. Sin embargo, hemos de conceder que todo sistema lo suficientemente redondo como para despertar nuestro interés intelectual exige una pizca de sal utópica. Un ejemplo de ello serían las doctrinas de Comte. Y esto resulta hoy en día más evidente para nosotros, puesto que el positivismo se bate en clara retirada e incluso el campo de las ciencias particulares se ve apremiado a desprenderse de esa herencia. Presumiblemente, ya hemos atravesado aquel tercer y supremo estadio de la evolución humana, esto es, el positivo, que Comte afirmaba haber alcanzado para sí mismo y su doctrina; y su lema, «*savoir pour prévoir, prévoir pour pouvoir*» («saber para prever, prever para poder»), sirve hoy de tan poco como toda la

jerarquía natural de las ciencias que él estableció. Las doctrinas de Comte tienen algo de separatistas; se basan además en una seguridad que nosotros hemos perdido. Cuando la vida entra en nuevas zonas de peligro, todo se modifica, tanto el observador como las observaciones. El positivismo es siempre una ocupación para épocas tranquilas.